

5. CONSIDERACIONES FINALES

En este libro se analizaron las tendencias de largo plazo en el proceso de transformación histórica de la mujer en Colombia desde principios del siglo XX hasta la actualidad. Esta perspectiva histórica nos permitió identificar cuatro grandes etapas en este proceso: entre 1905 y 1935, la que llamamos “el rezago de la mujer”; luego, entre 1936 y 1965, “los comienzos para el empoderamiento de la mujer”; enseguida, entre 1966 y 1985, “comienzos del empoderamiento de la mujer”; y a partir de 1985, “avanzando: aún mucho por hacer”. Estas etapas están relacionadas con las tendencias de largo plazo en la educación de la mujer, su participación laboral, las tasas de fecundidad y las ganancias en cuanto a los derechos civiles y políticos.

En general, durante los períodos analizados la educación femenina aumentó considerablemente. A principios del siglo XX las mujeres tenían poco acceso a la educación secundaria, mucho menos a la educación superior. Además, la desigualdad de género en el capital humano era considerable. Actualmente, las tasas de matrícula de mujeres en la educación secundaria y superior superan a las de los hombres, e incluso se observa un sesgo inverso a favor de la mujer. Aunque la tasa de matrícula en educación superior es todavía baja, el índice de paridad de género en Colombia está muy cerca al de países como España y Finlandia. También, vale la pena mencionar que a lo largo de los años las mujeres se han ido alejando de áreas muy feminizadas y han entrado en temas dominados tradicionalmente por hombres. Sin embargo, las mujeres siguen rezagadas en ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas, lo que podría traducirse en menores ingresos.

El aumento en la matrícula de las mujeres en la educación superior ha traído grandes ventajas en varios frentes. Por ejemplo, ha contribuido a la reducción de las tasas de fecundidad, pasando de 6,4 hijos por mujer durante la primera mitad del siglo XX a cerca de 1,8 hijos por mujer, hacia el final del período estudiado. No obstante, sigue habiendo importantes diferencias entre regiones del país y quintiles de ingreso.

El aumento en la educación y la reducción en la fecundidad fueron factores clave para fomentar la participación de la mujer en el trabajo. En efecto, se observa un notable incremento en la participación laboral femenina en los últimos sesenta años, pasando de un 20% en 1960 a cerca de 60% en 2010. Desde entonces se mantuvo relativamente constante hasta 2019, quizá debido a la carga de las tareas domésticas y de cuidado que dependen de manera desproporcionada de las mujeres. Por tanto, este trabajo no remunerado adicional podría disuadir a las mujeres de incorporarse al mercado laboral o de asumir una doble jornada que les impida desarrollar todo su potencial. La tasa de participación laboral de las mujeres se redujo en 2020 como resultado de la pandemia del

Covid-19, que afectó principalmente a las mujeres, llegando a cerca de 55 % en diciembre de ese año.

También encontramos reducciones de las brechas salariales por género en los últimos años, quizá, en parte, por el aumento del nivel educativo de las mujeres. Sin embargo, aún persiste una importante brecha salarial del 19% aproximadamente. Esta diferencia pudo ser el resultado del rol dominante de la mujer en el cuidado, la penalidad salarial por maternidad, la presencia de normas de género que limitan el empleo de la mujer, la discriminación y las malas condiciones de trabajo para las mujeres.

Además, las mujeres ganaron derechos civiles y participación política, aunque aún se enfrentan a obstáculos que impiden el cierre de las brechas de género para alcanzar cargos de poder político. Por ejemplo, la discriminación, la falta de presupuesto para las candidatas, la exclusión de los principales partidos políticos, y la resistencia de las mujeres a participar.

En términos de política pública, a pesar de la mejora en la educación de la mujer y la reducción de las tasas de fecundidad, aún persisten grandes brechas en el mercado laboral. Por tanto, es importante aumentar la conciencia pública acerca de los obstáculos asociados con el empleo de la mujer con el fin de eliminar la segmentación de género y la brecha salarial de ciertos sectores económicos, como sugiere Klasen (2019). Uno de los principales obstáculos para la participación laboral femenina es la carga del cuidado de niños y adultos mayores. Para superar esta limitación, es necesario redistribuir el trabajo del cuidado en el hogar y proporcionar infraestructura de atención pública y privada para apoyar una mayor participación laboral femenina. Por otra parte, con el fin de reconocer la importancia de los cuidados no remunerados, deben abordarse tres dimensiones interrelacionadas: reconocimiento, reducción y redistribución (véase, por ejemplo, Elson, 2017). El reconocimiento mide el tiempo utilizado en las labores domésticas y la necesidad de integrarlo en los sistemas estadísticos nacionales. A su vez, la reducción se refiere a disminuir la carga del cuidado que recae sobre la mujer, como se mencionó, ampliando el acceso a la infraestructura clave para el cuidado e invirtiendo en tiempo y tecnologías ahorradoras de trabajo. La redistribución alude a la asignación del trabajo del cuidado entre los adultos en el hogar, el Estado y otras instituciones. Por último, las políticas tales como las licencias por maternidad y paternidad y la calidad de los servicios de atención pública podrían contribuir a la eliminación de brechas salariales de género y promover una mayor igualdad de condiciones de trabajo para las mujeres.

Con respecto a la participación política, es importante empoderar a las mujeres para que obtengan las habilidades políticas necesarias para tener éxito en la arena política. Por otra parte, vale la pena promover un cambio cultural en el seno de los partidos políticos y a través de todos los niveles de poder para alcanzar un equilibrio de género en la toma de decisiones políticas.

Por último, a pesar de los logros en términos de los indicadores demográficos y de educación que han llevado al promedio nacional a estar más cerca de los estándares internacionales, aún persisten diferencias regionales significativas en Colombia. Por tanto, es necesario también implementar políticas públicas para mitigar esas brechas regionales.